

DIÁLOGO.

NEANISCO, GAMANTES, GERONCIO.

I

NEANISCO.—Felicísimos días te dé Dios, amigo Pepín; tiempo hace no nos habíamos saludado. ¿Cómo vas de salud?

GAMANTES.—A las mil maravillas. Por tu bienandanza excusado es preguntar. No parece sino que te estás fletando desde la costa para desembarcar en el puerto de la opulentísima Jauja, según te veo de embarnecido, cariampollado, amapolado, bizarrísimo, cual si no pasaran días por ti.

NEAN.—Chico, ¿dónde has aprendido esas elegancias, que no parecen tuyas? Yo, desde que ando á vueltas con los papeles modernos, lo paso, en verdad, como un duque.

GAM.—Yo, hijo, clavé la rueda de la fortuna el día que dí un puntapié á lo moderno por acogerme á lo antiguo. El detenido estudio del *Quijote* me trae como encantado. Largas horas se me hacen minutos; tan absorto me tiene, que hasta el nombre me han gastado los amigos.

NEAN.—¿Qué otro te dan, Pepillo?

GAM.—Han dado en ponerme el de Gamantes. Con cuya ocasión déjense caer chistes mezclados con pullas donosas. Yo, al oírlas, respondo con aquello de Sancho Panza: *No me trocará por el emperador de Alemania* (p. 2, cap. 44). Oye ahora el porqué. Hecho estaba yo, bien te acordarás, á correr los vergeles del francesismo, cual gamo las espesuras del bosque, sin reparar en verde ni seco, haciendo á toda flor, no porque las francesas valiesen más, sino por descornar toda la floresta á mi gusto, al maldito gusto de la gabachería, que se me había entrañado en los tuétanos de los huesos, por aquello de es el rey mi gallo, cuando cayó un día en mis manos pecadoras el libro del *Quijote*; en aquel punto, como si me dieran ojos nuevos, eché con ellos de ver los estropicios que contra mi patria había ejecutado, resolví quemar los libros de caja, entablar nuevos tratos, averiguarme con varones de nuestra dorada edad, dándome al cultivo de aquellos riquísimos veneros, no obstante las burletas de mis amigos (cuyas libertades te son notorias), los cuales, á

fin de eternizar mi moderna afición deseternizando la antigua, quisieron distinguirme de los demás de su estofa con el apodo de *Gamantes*, como que significaran el *gamo* que *antes* había yo sido, invención que yo no llevé á mal cuando me regalaban un renombre muy parecido al de *Cervantes*, autor ilustre de mi radical conversión, si bien de ella debo las gracias á un tal D. Geroncio, á quien todos los días vi-
sito.

NEAN.—Gentil apodo el tuyo, Gamantes. A mí los socarrones que con más lisura me tratan se tomaron la libertad de llamarme *Neanisco*, dándome vaya con Neanisco acá, Neanisco acullá; pero yo no me dí la pena de mostrarme enojado. Veíanme mancebete pretencioso, deseoso de manejar á la perfección la lengua, metido hasta los codos en la moda actual, amiguísimo de los Cadalsos, Jovellanos, Moratines, Quintanas, Mesoneros, Villosladas, Valeras, etc., etc., cual si me tocara á mí el que estos literatos de primer orden hiciesen la bella figura. Entiendo yo que á la modestia de un imberbe como yo, tócale callar en presencia de los hombres de luces. Conque procuro callar, observar, atender, si bien siento tendencia al estilo moderno por la elegancia, brillantez y hermosura que él acusa, porque veo que en el día los entendimientos de grandes alcan-
ces se han desnudado de esas preocupaciones nacionales que nos hacían hacer el papel de

víctimas de la ignorancia. Veo que te ríes, Pepín. ¿No merece la pena lo que te digo?

GAM.—No lo extrañes, Neanisco, no puedo tenerme de risa. El apodo te cuadra *á la perfección*, como dijiste. Al verte los camaradas tan engrifadillo, entonadillo, peripuestillo, pensarían te venía cabal y pintado el mote de *Neanisco*. Mil plácemes por él. Por otras verdades ando yo. El *Quijote* es mi guía. De esos cambalachistas, que á ti te llevan tanto la atención, no admito yo ni el saludo siquiera, porque ya de nadie me fío, como no vea por vista de ojos en el *Quijote* lo que me venden por castizo y elegante. Desde que puse en la fina balanza de la justa Astrea frases, giros, modos, vocablos de una y otra parte, aprendí á dar su propio valor á lo que tiene gravedad. Hecho el balance, tomada á peso la lengua española, repudié por inepta la levedad de lo extraño; quedéme con lo nuestro, á saber, con la propiedad de los clásicos, que los rubricaba por los mejores hablistanes del mundo; porque eso de ponerse un español muy de gala, todo hecho un papagayo, con cintillas y plumas ajenas, bañado en almizcles y ámbar de allende los Pirineos, ciertamente deslustra, rebaja, deshonorra. De este modo, despedida, al estilo de la culebra, la galicana piel, dejados en cruz los modernos andularios, vístome á la española; sin necesidad de *tomar medidas*, déjolo para los sastres; sin *acusar recibos*, qué-

dense los fiscales con ello; sin *ocuparme del asunto*, eso para los gabachos; sin *tomar parte*, tómensela los ladrones; sin *formar parte*, ocupación de aprendices que no saben formar la pieza toda; sin *darme aires*, entretenimiento de damiselas abanicadoras; sin *darme la pena*, ejercicio de anacoretas; sin *mirar bajo el punto de vista*, que es un mirar muy estafalario; sin *librar batalla*, pues *batalla* no es carta de pago; sin otra sarta infinita de frases, hijas de la lengua francesa, que no es decoroso andar mendigando por ahí, poseyéndolas elegantísimas el fecundo español idioma. Ello es que, cuanto á la facundia del habla, desde que me convertí de mi bachillería insulsa, siéntome con más flujo de lengua, menos rústico, más cortesano, menos torpe, más decidor, menos enfadoso, sin que hasta la hora presente haya echado menos aquel *por lo demás*, *por lo tanto*, *por completo*, *por de pronto*, *por de contado* que antes á cada cuatro palabras me salían á la boca, juntamente con aquellas recancanillas pueriles en que, loco de mí, libraba yo la alteza de la castellana elocución. Ahora, gracias á Dios, tengo por bienaventurado en la tierra al que se acostumbra á buen lenguaje, como yo tiempo ha lo procuro, bien que conozco no tendríá fin el cuento si hubiera, Neanisco, de poner en tu noticia mi cabal mudanza, toda ella fundada en el estudio del *Quijote*, en cuyos graciosísimos capítulos nunca descubrí rastro

de los tales modernos decires, que por eso tampoco los quiero admitir por castizos, porque de ninguna manera la son.

NEAN.—Entonces, ¿qué dices en su lugar?

GAM.—¿Cómo, qué digo? Es tu pregunta y extrañeza para quebrar el cuerpo de risa. La que me han causado tus dislates, amigo mío, perdónamelo, no es para ponderada. Más de medio carretón echaste en lo poco que has hablado. Dejémoslo, que voy á ver á mi maestro.

NEAN.—¿Quién es?

GAM.—Un tal D. Geroncio, cargado de canas, que vive ahí no muy lejos. Si me quisieras acompañar, no te arrepentirías.

NEAN.—Me repugnan los viejos, no saben sino gruñir y hablar mal del presente. Lejos de respetarlos, me doy vergüenza de apercibirlos.

GAM.—Amigo, no me provoques á risa otra vez. Cinco disparates acabas de encajar de manos á boca: *me repugnan, del presente, lejos de, me doy vergüenza, apercibirlos*; tantos casi como palabras. Si los soltases á las barbas de D. Geroncio, no te arriendo la ganancia. Porque él está mal con lo presente, con lo pasado, con lo porvenir respecto de galicismos, mas no respecto del castizo lenguaje. En este asunto no sufre pulgas, cuando oye galiparlar. Por eso me tiene á mí encargado que, si alguno delante de él despótica á la francesa, le vaya yo corrigiendo con blandura, como quien ya conozco el arte

que él me enseñó. Demos la vuelta por este callejón... Doblemos la esquina. Allí en aquella casa vive. ¿Ves aquellas persianas azules? Si vieras su aposento, no hay en él sino libros viejos del siglo XVI y XVII. Es un hombre muy de bien.

NEAN.—No me animo á ir á verle, porque no le conozco. ¿Qué sacaré en limpio?

GAM.—¿Qué sacarás? Lo que saqué yo. Bendita la hora que le comuniqué. Andaba yo tan perdido como tú por Jovellanos, Quintana y semejantes gaiteros. Él metióme en las entrañas la afición al *Quijote*, para inducirme por ahí á lo más puro del clasicismo. ¡Cuántas veces oyéndome desbarrar, como tú, arremetía con ven acá traidor, ó con alza Dios tu ira!, porque mira como traición á la patria el uso del francismo. Hipar por el hispanismo—dice—es nuestra obligación. Ahora que ha visto trataron los españoles de festejar el centenario del *Quijote*, andaba de mal humor, en tanto que á mí se me alegraron las pajarillas por ver hacían ellos una fiesta (no andes, chico, tan aprisa) justa cuan honrosa á la patria.

NEAN.—¿Por qué se emperró el viejo?

GAM.—Porque dijo es hipocresía quijotesca la celebración del centenario... ¿Qué hacemos? ¿Subimos? Mira que me darás las gracias de haberle oído. Si te cala el ingenio, te meterá en el puño sin echarlo tú de ver; conocerá luego que hiendes un cabello en el aire.

NEAN.—Estoy prendado, hijo, de tu primor en el decir. ¡Cuánto daría por hablar como tú! No hay quien se interese más que yo en tus satisfacciones.

GAM.—No digas eso, que es puro gabachear. Vamos allá. Subamos... Yo llamaré... Procuraré, te lo prometo, sacarte airoso. Por mi cuenta corre el enmendar tus disparates con disimulo, si él me deja. Verás qué natural el suyo tan apacible, aunque á veces parezca subírsele á las narices la mostaza. Ya llamé... Oigo pisadas del mozo... Viene á abrirnos... Entremos... Ave María Purísima... Muy buenas tardes, señor. ¿Cómo se halla vuesa merced? (Si le digo *cómo se encuentra*, teníamos de ello con ello).

NEAN.—Beso á usted la mano, D. Geroncio; Dios guarde á usted mil años.

GER.—La bienvenida, hijos míos. Cábeme la dicha de veros. El Señor os pague la cortesía. Sentaos; aquí tomaré yo asiento, si no lo lleváis á mal.

GAM.—A notabilísima honra tengo el presentar á v. m. este mi amigo Neanisco.

NEAN.—Tengo el honor de poner en casa de v. m. los pies por primera vez.

GER.—¡Qué! ¿Ya empezamos? *Tengo el honor, tengo el honor, j'ai l'honneur...* con cuatro asonantes. Tengo los cascos á la jineta, debería decir el mozalvillo. ¿No sabes, hijo, que en España no *tenemos el honor*? ¿Quién te dió el *honor*, para tenerle tú, que cuando le tuvieras

sería por haberle recibido? Hacedme la merced de sentaros.

NEAN.—No entiendo el chiste.

GAM.—Quiere su merced decir que en buen castellano (pues en esta casa no se estila el agabachado) se usa el *tengo á mucha honra, tengo por gran dicha; tengo á gran felicidad*, puso Cervantes en el *Quijote* (p. 2, cap. 24); mas no *tengo el honor*, que ese es gazafatón de galicistas.

GER.—Conque galicista en casa, ¿eh?

NEAN.—Quien á la lumbre se arrima, con el humo se tizna, señor. No así mi amigo Gaman-tes, que del mismo sol á cielo abierto recibe el resplandor de sus purísimos rayos, porque del *Quijote* se inspiró.

GAM.—Otra que te pego, Neanisco. No hay tal *inspirarse* en el *Quijote*.

GER.—Ni en toda la biblioteca del siglo xvii, que está aquí á vuestro mandar, aunque no toda entera, pues no cabría en una docena de aposentos como éste. El reflexivo *inspirarse* es soez galicismo, condenado por Baralt con irrevocable sentencia. Dime, hijo, ¿quién te bautizó con ese flamante nombre de Neanisco? Bien se te luce el agua bautismal que aun te chorrea por el greñudo capacete.

NEAN.—Mis camaradas, señor, al verme tan amigo de lo moderno.

GER.—Sería el bautizador algún helenista por ahí, de esos que todo lo quieren hacer gre-

cánico, cual si le faltasen al español palabras con que apodar al prójimo. A fe mía que apodadores como nuestros clásicos no los produjo nación alguna.

GAM.—Señor, no sabré decir si es oportunidad, pero déjeme v. m. desembuchar tres textos de mi *Quijote*, que parecen de perlas: *Quisieras tú que le diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento* (p. 2, Prol.).—*Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todo de codiciosa* (p. 1, cap. 27).—*Llámame alma de cántaro y bestión indómito con una tiramira de malos nombres* (p. 2, cap. 35). A este tono podía mi amigo haberse llamado *barbiponiente*, voz del *Quijote* (p. 2, cap. 5), ó *majagranzas*, también suya (p. 2, cap. 31).

NEAN.—¡Jesús, qué memorión!

GER.—No es memoria ni entendimiento, sino tesón de voluntad de revolver libros viejos, donde rebosa el brío de la lengua en su natural lozanía. A ti lo que te falta es el haber sido catequizado, luego de bautizado.

NEAN.—Sí, lo confieso, me falta la catequesis.

GAM.—¿Qué es eso de *catequesis*?

GER.—Los doctrinos de la gabachería, en vez de *doctrina* ó *catecismo*, dicen ahora *catequesis* ó *catèquesis*; parécenles que no sobran vocablos griegos en nuestra lengua. Ya no aciertan á desplegar los modernos los labios

sin gastar una prosa mestiza entre griega y gringa, cual si el alma de Plutarco se les hubiera metido en el cuerpo, porque de *síntesis*, *tesis*, *hipótesis*, *antítesis*, *génesis*, *crisis*, *dosis* atestan sus páginas, pudiendo y debiendo llenarlas de vocablos españoles; ¿no los tenemos acaso de más realzado natío? Cacarean vocablos griegos, cantando cada uno como el gallo en su corral: ¿saben ellos lo que se cantan? Creedme, amigos, el mundo moderno, fenecidos los tiempos dorados, anda hoy en sus propios pies, que son los de aquella estatua del soberbio Nabuco, hechos de barro, materia destrabada, deleznable, sin soldadura. Ya el lenguaje perdió el siglo de su juventud, del siglo de oro pasó al de plata, de ahí al de hierro, finalmente de barbas á canas, hoy se da prisa á envejecer; como está viejo, ha de tener por fuerza pasiones de arrugada vejez que le apremian á dar en rarezas, en antojos, en rezungos, en perinquinas, en tales casquetadas pueriles, que no hay quien se las sufra. Ahí está la variedad sin concierto de terminillos nuevos, de locuciones nuevas, de sentidos nuevos, todos estrambóticos, ajenos de la propiedad española, remedos de lenguas extrañas, en particular del francés. ¡Behetría, jerigonza!